

# José Ortega y Gasset...

(Viene de la página 330).

Lo triste del escritor aquí es que no se le estudia, que no se le critica. Aquí no hay sino el bombo del amigo y el silencio indiferente de los demás, peor que la hostilidad.

En mis oídos resonaron las palabras de Pascal: *Le silence est la plus grande persecution.*

—El escritor necesita conocer, a través de la crítica, el efecto producido por sus creaciones. Yo le hablo a usted, por ejemplo, pero ignoro la interpretación que hallarán mis palabras en su oído...

Tenía razón. La palabras al llegar al corazón y a la inteligencia del lector, sufren, como las balas al penetrar en el blanco, deformaciones que al literato interesa conocer, para evitarlas en lo sucesivo, de igual modo que al tirador, para afinar la puntería, saber si no hizo diana por llegar cansada la bala o por haberse desviado o por haber él apuntado mal. Pero entre literatos y periodistas españoles es, por desdicha, donde más se padece la teresiana soledad entre la multitud. Nuestros escritores viven así, en una soledad en común, que es, según la hora, la causa de sus más hondas penas o de los errores más cómicos. El muro de vidrio que los separa hace impotentes las buenas voluntades. Su soledad parece en ocasiones un destierro junto a otro destierro. Ni siquiera cambian ideas y viven solamente para sus sensibilidades que no truecan. Allí donde la simpatía no les revela nada, o la menuda envidia les descubre demasiado de los unos a los otros, son extraños entre sí.

—Para concluir — le pregunté —: ¿Cómo fué su salud de ordinario?

—Hasta hace unos años inmejorable. Ahora, bastante mala. Padezco una depresión nerviosa que me preocupa mucho. He trabajado y trabajo demasiado.

No me cogió de nuevas la noticia. Túvele por enfermo en estos últimos tiempos, al través de la depuración de su espíritu. En las enfermedades nerviosas suele darse también el caso de infundir apariencias de salud. De todas suertes, si nuestro afecto desea que cese la — en mi sentir — transitoria indisposición nerviosa de Ortega y Gasset, por el campo de la filosofía o de la poesía superior que para mí vienen a ser una misma cosa, tenemos motivos de grata expectación para su obra futura.

La excitación nerviosa, aquella llama que se designó con el nombre de inspiración, y que los antiguos atribuían a la divinidad — *est Deus in no-*

*bis agitante, calescimus illo* —, en el escritor de talento, necesita, para ser reanimada, de los soplos diversos que le llegan de su neurosis, y sabido es que hasta la enfermedad puede modificar y aun agudizar la inspiración poética, la artística, la filosófica. Lo cual también constituye una alta lección de filosofía: de nuestra debilidad asciende nuestra gloria, como del hierro enrojado bajo el martillo del forjador surgen raudales de estrellas luminosas.

Muchas veces las anomalías de un sistema nervioso dan a la expresión de las ideas una ardiente convicción que les hace resplandecer sobre toda una literatura, sobre toda un constelación filosófica.

extremos de la línea-eje del estaqueo de un cuero, levanta la cara y la afirma con aplomo:

—Todo el mundo se ríe... Me contó Sergio, que la otra mañana, cuando fuiste a la pulpería a buscar la correspondencia, no sé quién, un peón de lo de Rosales, me parece, te gritó en las narices, delante de todos los que allí estaban:

—«Ahí viene el enamorado de «La Blanca Chica»... ¿Decí si no es cierto?»

Mario se pone rojo como la grana:

—¡Mentís! — grita furioso — ¡Estás mintiendo!... A mí nadie me dijo nada... ¿Querés ver, mocososo, cómo te rompo la jeta?»

Pero su hermano no se amilana, y después de clavar cuidadosamente la estaca maestra, prosigue implacable:

—¿Entonces no será cierto tampoco, que mamá te encontró el borrador de una carta en donde había un corazón atravesado por una flecha?»

Al oír esto, Mario miró por un momento a Leo con una expresión de ira tan elocuente que éste, temiendo sin duda un atropello, baja la cabeza y enarca un poco la espalda; pero Mario logra contenerse y tras un hondo suspiro, abandona el sitio y se va lentamente hacia la casa...

Aunque debe faltar muy poco para el mediodía, porque el sol coronando las copas de los paraísos, comienza a invadir ya hasta aquel rincón de sombra, hasta aquella suerte de glorieta que cae justamente detrás del escritorio de «La Estancia» y que ha formado la casualidad, con dos o tres acacias achaparradas y una vigorosa enredadera de azules campanillas, Mario, medio oculto por el follaje, continúa aún allí, tendido de espalda

Y aquí he de poner punto a este ensayo que contra mi propósito ha concluido — gracias a la inspiración o a la Musa loca — por tener menos de *interview* que de semblanza de un espíritu realmente superior, a cuyos rasgos ya consignados ha de añadirse, para aproximarse a completarla, la escrupulosa probidad, la elevación de pensamiento, la inquebrantable firmeza, la señera independencia, extraordinaria alteza de miras, golpe aquí lino de vista penetrante para descubrir las verdades útiles en lo porvenir, elocuencia de corazón, fidelidad a los principios, modestia, rectitud, incorruptibilidad, las envidiables cualidades que Maximiliano Robespierre pretendía en quien hubiere de representar a sus conciudadanos...

ENRIQUE GONZÁLEZ FIOLE

(*La Esfera*, Madrid).

# LA CHUÑA...

(Viene de la página 327).

sobre el césped y con una inmovilidad casi absoluta...

Y es que Mario piensa; es que Mario sigue pensando, en «todas aquellas mil cosas» ya dulces, ya amargas, de la tremenda pasión de amor que le domina y que al decir compasivo del capataz Aguilera, — uno de los pocos que le comprenden — «lo está dejando al pobre en *güesitos*...

¡Ah!... ¡Zunilda, Zunilda... Zunilda J. Reyes! ¡Hija única de don Frutos, el mayordomo de «La Blanca Chica»!... ¿Por qué viniste con tu elegancia un poco exótica, con tu cabecita rizada y tus ojitos demasiado sabios para tus quince setiembres, a turbar el inocente reposo espiritual de ese buen muchacho, que hasta hace dos meses te ignoraba en absoluto y no tenía por lo tanto, otra preocupación que la del hermoso caballo roano que crió desde potrillo?

Tu padre, D. Frutos — don «Fruta», como le llama Leo en su grosera irreverencia — siempre estuvo solo aquí en «La Blanca Chica» hasta aquel día solemne, inolvidable, en que Mario te vió por primera vez descender como una hada rubia y en compañía de tu gruesa mamá, del estribo de un *breack* polvoriento, que acababa de detenerse ante el portón de «La Estancia».

Mario al principio, te huyó — bien lo sabés — te huyó como una liebre, porque le inspirabas una cortedad indomable y el día en que tu padre te lo presentó, casi por sorpresa, el pobre muchacho, tan encarnado como tu vestido, apenas si pudo articular el consabido y vulgarísimo: «¡Tanto gusto, señorita!»

Después... — ¡Y no digas que no! — Después, a fuerza de astucia, por fin lo pillaste una mañana detrás de la *carnicería*, en